

2A/112.400

Carmen

Revista

chica de poesía

española

1

DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS VEINTISIETE

SUMARIO DEL NÚMERO

1

PRESENTACIÓN

EGLOGA.—Luis Cernuda

SEGUIDILLAS A UNA EXTRANJERA.—*Rafael Alberti*

ANTOLOGÍA

NIEVE DE MESA

Bartolomé Leonardo de Argensola

RÍO.—*Jorge Guillén*

DOS POEMAS A UN AMIGO
MUERTO

UN COLOR LE LLAMABA JUAN
Juan Larrea

LIEBRE EN FORMA DE ELEGÍA
Gerardo Diego

LA VUELTA A LA ESTROFA.—
G. D.



Carmen

1

AQUI tenéis a Carmen. Todos los amigos de la poesía presentáis ya su presencia bella y necesaria de mujer española, esbelta y firme, tierna y desdeñosa, esquivia y sencillísima, escondiendo, anidando unas flores arábicas o un poema de latino abolengo. Como veis, Carmen no es «Carmen», la otra, la andaluza francesa, literaria y romanesca, estrella de candilejas y pantallas. Nuestra Carmen no entiende nada, no quiere entender nada de literatura, y es española legítima por cada una de sus seis letras, por la suma total de sus acepciones y por la limitación voluntaria de su contorno de caprichos. No le apasiona más que la poesía, aunque extiende su atención a todas las formas de arte, que ella ve como cifras—metamorfosis o versiones en extraños lenguajes—de oscuros ímpetus poéticos.

Carmen es esencialmente una muchacha. Si se adorna su gracia de otras dimensiones alusivas es, de seguro, por casualidad. Ella sabe que igual se podría haber llamado Isabel o Leonor o María Teresa, y no se envanece de que su nombre haya resultado una encrucijada

de bellezas. Tanto le gusta que la reconozcan por él, como por el cariñoso diminutivo—o plural—con que sus íntimos la llamamos—Carmina—para depurarla de toda sospecha de literatura.

Carmen os visitará por ahora seis veces. Después se retirará a su sueño secreto y silencioso. Y de vosotros, amigos suyos y de la poesía, dependerá el que más allá reanude vuestro trato. Hoy, en esta su presentación, se complace en saludaros a vosotros—y a vuestras revistas jóvenes, que ya la presumían, bajo diversos disfraces—con la más cordial y pura de sus cortesías.

É G L O G A

TAN alta, sí, tan alta
en revuelo sin brío
la rama el cielo prometido anhela,
que ni la luz asalta
este espacio sombrío
ni su divina soledad desvela.
Hasta el pájaro cela
al absorto reposo
su delgada armonía.
¿Qué trino colmaría
en dulcísimo rizo prodigioso
aguzándose lento,
como el silencio solo y sin acento?

Sólo la rosa asume
una presencia pura
irguiéndose en la rama tan altiva,
o equívoca se sume
entre la fronda oscura,
adolescente, esbelta, fugitiva.
Y la rama no esquiva
la gloria que la viste,
aunque el peso la enoja:
ninguna flor deshoja,
sino ligera, lánguida resiste
con airoso desmayo
los dones que le brinda el nuevo Mayo.

Si la brisa estremece
en una misma onda
el abandono de los tallos finos,
ágil tropel parece
tanta rosa en la fronda
de cuerpos fabulosos y divinos.
¡Rosados torbellinos
de ninfas verdaderas
en fuga hacia el bosque!
Aún trémulo el ramaje
entre sus vueltas luce prisioneras
de resistente trama
las que impidió volar con tanta rama.

Entre las rosas yace
el agua tan serena
gozándose a sí misma su hermosura.
Ningún reflejo nace
tras de la onda plena
fría, cruel, inmóvil de tersura.
Jamás esta clausura
su elemento desata:
sólo copia del cielo
algún rumbo, algún vuelo
que vibrando no burla tan ingrata
plenitud sin porfía.
¡Dulce felicidad: monotonía!

Se sostiene el presente
olvidado en su sueño,
en un ágil escorzo distendido.
¡Delicia! Dulcemente,
sin deseo ni empeño,
el instante indeciso está dormido.
¿Y ese son atrevido
que desdobra lejano
alguna flauta impura?

Con su lluvia tan dura
ásperamente riega y torna cano
al aire de esta umbría
esta indecisa, vana melodía.

Pero no. De algún eco
es riqueza mentida
ese vapor sonoro: fría vena
que en un confuso hueco
sus hielos liquida
y a la fronda tan muda así la llena.
Esta música ajena
en su masa no yace:
el eco, con su ala,
del labio que la exhala,
adonde pura, claramente nace,
hurtándola, la cede
al aire que tan vano le sucede.

¡Dulcísimo paraje
de dulzor tan primero,
nativamente digno de los dioses!
Mas ¿qué frío celaje
enárcase ligero
en cenicientas ráfagas veloces?
Unas secretas voces
este júbilo ofenden
desde gris lontananza:
con estéril pujanza
otras pasadas primaveras tienden
hasta la que hoy respira
una tierna fragancia que suspira.

Y la dicha se esconde.
Su presencia rehuye
la plenitud total ya prometida.
Infel de nuevo, ¿adónde
turbadamente huye,

impaciente, entrevista, no rendida?
De nuevo está dormida
en promesa probable
de inminente futuro.
Y deja yerto, oscuro
este florido ámbito mudable
a quien la luz asiste
con un dejo pretérito tan triste.

Sobre el agua benigna,
melancólico espejo
de congeladas, pálidas espumas,
el crepúsculo asigna
un sombrío reflejo
en donde anega sus inertes plumas.
¡Cuánto acercan las brumas
el infecundo hastío!
¡Tanta dulce presencia
aun próxima, es ausencia
en este instante plácido y vacío,
cuando, altísimo monte,
la sombra va negando el horizonte!

Silencio. Ya decrecen
las luces que lucían.
Ni la brisa ni el viento al aire oscuro
vanamente estremecen
con los giros que abrían
ondas tan indolentes de azul puro.
¿Y qué invisible muro
su frontera más triste
durísimo levanta?
El cielo ya no canta
ni su celeste eternidad asiste
a la luz y a las rosas,
sino al horror nocturno de las cosas.

LUIS CERNUDA

S E G U I D I L L A S
A U N A E X T R A N J E R A

*T*ODOS los torerillos
que hay en Sevilla,
te arrojaron, al verte,
la monterilla.

—Dinos cómo te llamas,
flor extranjera.

—Entre los andaluces,
la arrebolera.

Cinco rejoneadores,
cinco perfiles,
clavaron a la gracia
de los toriles.

Gracia negra, de fuego,
tras los percales,
pintándolos de moras
de los morales.

¿Por qué ocultas la cara
tras la mantilla
y rueda por el ruedo
tu gargantilla?

¿Y por qué de la gloria
baja y se eleva

*a caballo un arcángel
que se la lleva?*

*Lloran zumo de azándar
y de limones,
desgarrados, los flecos
de los mantones.*

*¡Y tú arriba, en los palcos,
crucificada,
desangrándote el pecho
con una espada!*

*Muerta de los caireles,
ven, que de amores
pretenden requerirte
los matadores.*

*¿Cómo te dicen, dinos,
flor cineraria?
—Entre los andaluces,
la pasionaria.*

RAFAEL ALBERTI

A N T O L O G Í A

N I E V E D E M E S A

CUANTO al beber, con este arroyo puro,
y con fija asistencia de la nieve
vino indomable desarmar procuro.

Mas ya música mano en torno mueve
el frasco, y a compás me lo evapora,
y me lo hiela en término más breve.

¿Qué vihuela gentil, qué arpa sonora,
qué cítara, de blanda pluma herida,
rinde el son que mi alegre cantimplora?

¿Aplicó así la nieve endurecida
en Grecia o en Italia algún Pincerna
celoso de la frígida bebida?

Si él conduce la nieve cuando ivierna
para arrimarle un frasco en el estío,
más ingeniosa fué la sed moderna,

pues de aquel refrigerio, por tardío,
a su gusto apeló, donde fué hallada
la brevedad del movimiento frío.

La nieve, pues, cerúlea de obstinada,
aunque ya llegue a ser de las turquesas
imitadora entonces o imitada,

de las cumbres que el sol le deja ilesas
baje a darnos, con ocio o con estruendo,
júbilo todo el año a nuestras mesas.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

R I O

*¡QUÉ serena va el agua!
Silencios unifica.
Espadas de cristal
A la deriva esquivan,
¡Lenta espera!, sus filos:
El mar las necesita.
Pero un frescor, errante,
Por el río extravía
Voces enamoradas:
Piden, juran, recitan ...
¡Pulso de la corriente!
¡Cómo late!: delira.
Bajo las aguas, cielos
Íntimos se deslizan.
La corola del aire
Profundo se ilumina.
Van más enamoradas
Las voces. Van, ansían.
Yo quisiera, quisiera ...
Todo el río suspira.*

JORGE GUILLÉN

DOS POEMAS
A UN AMIGO MUERTO

UN COLOR LE LLAMABA JUAN

BENDIGAMOS el confort de las hormigas regulares
Y la noche aún más triste que el papel secante
Después de la muerte de las palabras
Ahora que el silencio se hace dulcemente festín de pájaro
Entre los trigos capricho de una cárcel florida

Todos los arroyos interiores hemos acudido
A aliviar este molino de individuo
Único convidado que nos resta
De aquel que ha partido hacia el invierno sin pretexto
Sobre un dolor de pradera antigua
Las hormigas arrastran nuestras lágrimas de este a oeste

Se fué por transparencia como las vagas promesas
De una ribera más bien banal
Hacía calor de héroe y el tiempo estaba pálido

Con una nada de delicadeza y el insomnio de las lluvias
Que atrae a seda el reflejo de las catedrales
Agujereemos la esponja de nuestras súplicas
Para borrar el juramento de luna tejido de gusanos
Donde sus ojos sostienen la esperanza de las corrientes de aire

Porque él nos dejó su tristeza
Sentada al borde del cielo como un ángel obeso

JUAN LARREA

LIEBRE EN FORMA DE ELEGÍA

A JUAN GRIS, AL OTRO LADO

PUES bien
Eso que late amigo entre tus manos
eso es el amor de padre
o también la liebre funesta

Acuérdate pensando en los ciclistas
de los consejos dóciles de río y de teatro
los ciclistas que como ves
se deshojan de tres en tres

Y el cangrejo de premio a la virtud
que esperábamos todas las tardes
lavándonos los pies

Luz luz más allá a través del níquel
surcado de mis venas cotidianas
Luz yo te canto
y tú la alimentas de tus canas

Entretanto
yo persigo el destino
obtenido en el roce de tus pensamientos inclinados

Yo que ignoro la forma de la esperanza polar
pero que domino los silbos derivados
de la prolongación filial

Y esos dos o tres grados
de calor natural
que emite cada vez que duerme el lienzo

Yo que me paso la vida
ante la primavera a ver si la convenzo
ayer mientras te oía
tuve que prorrumpir en color amarillo
y construir del paraíso otoño e invierno
un triángulo aproximadamente de sexo alterno

GERARDO DIEGO

LA VUELTA A LA ESTROFA

O la estrofa a la vuelta. En griego o en español, es lo mismo. Noria del horizonte o anillo de Saturno. Pero ¿de veras volvemos? Así dicen. Y añaden que es la vuelta del vencido. Del no saber qué hacer con las alas, que ahora se pliegan o se abanican en la dichosa jaula. Y los diez ladrillos de las nefandas décimas. Bien. Pero ¿y los que nacieron en la jaula y cantan en ella—y vuelan—tan a gusto, tan libres?

¿Qué es una estrofa? El múltiplo del verso. O el divisor del poema. No hay poema sin estrofas, varias o una si es tan corto que nace y muere en una sola curva. Pero aquí—impropiamente—se quiere aludir a moldes de estrofas previos, conocidos ya. Por consiguiente, no es asunto de poética, sino de retórica, de arte de bien decir, de bien decir midiendo a sílabas contadas. Problema bien modesto, por cierto. Pero aun modesto, expresivo.

En efecto, la poesía española, y la no española, venía—en realidad, desde el romanticismo—atentando a la inviolabilidad de la estrofa-molde. El verso libre es inventado. Las estrofas conocidas se deforman, se hipertrofian, y hay un placer travieso en saltarlas al respeto, haciéndolas cojear. Por la misma época, los escultores dejan sus volúmenes en crisálida, y la pereza de la última mano y el horror a la academia—todos los miedos y júbilos son de débiles—disculpan la inconclusión de las obras. Un poeta de entonces—de ayer—no sabía realizar estrofas perfectas, por la misma razón que un músico no resolvía una sonata ni un pintor la arquitectura de un cuadro. Unos años más y nos arrastrará el magnífico huracán de los ismos de avance. Preocupa la materia, la novedad del contenido. Imposible lograr a la vez la armonía del continente. Renace la calma, y decimos: hay que crear. O lo que es lo mismo: hay que poseer, domeñar, tener conciencia.

Tres caminos se ofrecen. Para cada obra, su forma única, plena.

El verso libre—la verdadera libertad no se priva de nada, ni siquiera de la reverencia a las normas, cuando las encuentre gratas—o sea la estrofa libre. La estrofa vieja. O inventar nuevas estrofas. Este último camino es intransferible. Si un poeta de hoy inventa una estrofa y otro la aprovecha, inevitablemente resuena el imitador al imitado y se coloca en la pendiente de plagiarle, con la estrofa, el aire, el gesto, el acento. Gravisimo riesgo que no se corre con la estrofa antigua, centenariamente cultivada, y que por ello se ha hecho ya casi naturaleza, con la evidencia y con la lógica de toda costumbre. Hoy nos falta toda fe en la eficacia de la retórica y de la métrica por sí mismas, nuestro escrúpulo de personalidad ha aumentado, y ya no toleramos la dependencia directa de un solo maestro. O ninguno o toda la tradición. O mejor dicho, todos y nadie a la vez, paradoja ciertísima. La estrofa vieja, en cambio, puede ayudarnos, a condición de que sus resonancias no nos arrastren al pasado con su sintaxis abolida, sino que, por el contrario, nos ofrezcan una sabrosa materia de contraste, un maduro equilibrio de premisas e intenciones, de supuestos y de fugas. ¿Retórica? Evidente: retórica. Pero todo es retórica, y el huir de ella una manera de retórica negativa, mil veces más peligrosa.

No. No debemos huir de nada. El arte se ha de hacer buscando, reuniendo, integrando. Hacemos décimas, hacemos sonetos, hacemos liras porque nos da la gana. Magnífica razón, única plena del artista. No podemos contrariar la gana. La gana es sagrada. Y es lógica, por la misma razón que los pintores se obstinan hoy en dibujar bien y los músicos en aprender contrapunto y fuga.

Pero hay una diferencia con nuestros razonables abuelos del XVIII. Para ellos, la estrofa, la sonata o la cuadrícula eran una obligación. Para nosotros, no. Hemos ya aprendido a ser libres. Sabemos que esto es un equilibrio, y nada más. Y es seguro que sentiremos muchas veces la bella y libre gana de volar fuera de la jaula, bien calculado el peso, el motor y la esencia para no perdernos como una nube a la deriva. Estrofa, siempre estrofa, arriba o abajo, esclava o sin nombre. Todas son iguales en el amor que las crea o las recrea. La esclavitud está abolida. Y la pereza pasó de moda. Al yunque, jóvenes pro-sistas, al yunque. Ya es hora de trabajar, ¿no os parece?

G. D.



C a r m e n

Revista chica de
poesía española

Director:

Gerardo Diego,
Real Instituto de Jo-
vellanos, Gijón

Depositario:

Manuel de la Escalera,
Gran Cinema, Alame-
da 1.ª, Santander.

Secretario-Administrador:

Luis Alvarez Piñer,
Bulevar de San José,
18, Gijón.

Impresor:

Aldus, S. A. de Artes
gráficas, Apartado 85,
Santander.

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN A SEIS NÚMEROS
NUEVE PESETAS

Carmen ha recibido originales de

Federico García Lorca, Juan Larrea, Fernando Villalón,
Rafael Alberti, Pedro Salinas, José Bergamín, Adriano
del Valle, Rogelio Buendía, Juan Chabás, José María
Quiroga y Gerardo Diego.

Y promesas de próximo envío de Antonio Machado, Emilio Gó-
mez Orbaneja, Jorge Guillén, José María de Cossío, Antonio
Marichalar, Melchor F. Almagro, Dámaso Alonso, Manuel Al-
tolaguirre y Emilio Prados.

1.50 ptas.